

GUILLEM CORREA , 23/02/2018| Los creyentes somos mujeres y hombres de carne y hueso. También somos seres sociales y, consecuentemente, hijas e hijos de nuestra cultura, de nuestro país y de lo que transmiten los medios de comunicación.

O dicho en otras palabras: somos ciudadanos y como ciudadanos somos políticos. Somos políticos aunque nuestra opción sea no entrar en política porque esta es otra manera de hacer política. Y como personas políticas tenemos el derecho, o incluso la obligación -según se mire-, de elaborar nuestra propia teología política.

Creo que hasta aquí la mayoría podemos estar de acuerdo, admitiendo que cada uno lo expresará a su manera y con sus palabras.

La cuestión un poco más complicada se sitúa en un plano superior.

La Iglesia, como expresión colectiva de la fe cristiana, ¿ha de hacer política? O dicho con otras palabras: ¿debe tener la Iglesia una Teología Política?

La profundidad de la pregunta aportará luz con una serie de respuestas, cada una de las cuales responderá a la teología política de cada persona. Por esta razón quisiera tratar de acercarme a la cuestión desde una perspectiva diferente: desde la teología pública.

Seguramente nos resultará difícil establecer la diferencia entre teología política y teología pública pero en un esfuerzo de voluntad probablemente podemos coincidir a la hora de afirmar que mientras la teología política expresa una manera de entender la justicia de Dios, la teología pública expresa el pensamiento de la Iglesia en aquellas cuestiones en las que, como cristianos y como cristianas, estamos mayoritariamente de acuerdo. Un ejemplo de lo que acabo de decir es la posición de la Iglesia en contra de la expansión de las armas nucleares. Ya hay más que suficientes, ya hay demasiados, ya no hacen falta más.

La teología política expresa, o debería expresar, la posición de la Iglesia en los grandes temas de preocupación común para toda la humanidad.



Pero retornando -por terminar el artículo- a la cuestión sobre la teología política creo que, admitiendo la libertad de cada uno de elaborar la que considere más oportuna, también se debería establecer un límite a la hora de explicarse la y de verbalizarla.

Primero, toda teología política debe tener en cuenta que hay hermanas y hermanos que se pueden sentir ofendidas y ofendidos por la manera en que contamos nuestras posturas.

Segundo, por muy distante que sea la teología política de unos y otros no debemos olvidar que, por encima de todo, seguimos siendo hermanas y hermanos.

Seguramente estas dos recomendaciones no son suficientes pero nos podrían ayudar a construir una barrera que nos aislara de las malas costumbres que se están generalizando en nuestro entorno mediático.

Autor: Guillem Correa Caballé

© 2018. Este artículo puede reproducirse siempre que se haga de forma gratuita y citando expresamente al autor y a ACTUALIDAD EVANGÉLICA. Las opiniones de los autores son estrictamente personales y no representan necesariamente la opinión o la línea editorial de Actualidad Evangélica.

{loadposition guillem}